

18 de diciembre de 2022

4º domingo de Adviento "A"

[Is 7:10-16; Rom 1:1-7; Mt 1:18-24](#)

Homilía

Si el pueblo de Israel desempeñó un papel considerable en la historia antigua, no fue ciertamente por su importancia numérica o militar, sino por su posición estratégica. Israel era una especie de zona tampón entre las grandes potencias de la época: entre Asiria y Egipto durante un tiempo, y después entre Persia y el Imperio grecorromano. Estas superpotencias, cada una por su lado, consideraban su derecho y su deber actuar como policía internacional e imponer o deponer a los dirigentes del pueblo de Israel. En la época del nacimiento de Jesús, Judea estaba bajo la autoridad de un rey títere de los romanos y Galilea bajo un gobernador romano.

El Hijo de Dios no nació en ninguna de las superpotencias de la época, sino en un país muy pequeño que era despreciado y que había sido invadido repetidamente por una u otra de las superpotencias.

Una de las cosas que tienen en común las tres lecturas de hoy es el título de "Hijo de David", dado tanto a Jesús como a José. Lo que esto subraya es el carácter profundamente humano de la intervención de Dios en la historia. El Hijo de Dios no se encarnó en abstracto. Se hizo hombre -un hombre concreto- nacido en un momento determinado de la historia de la humanidad, de un pueblo concreto y de una familia concreta. Este entorno particular le dio forma, le proporcionó las categorías de pensamiento y lenguaje que le permitieron hablarnos utilizando un conjunto específico de imágenes y conceptos.

Su misión se realizó en una vida humana muy ordinaria. Nació un niño de una mujer. Una mujer muy joven. Si María fue desposada a la edad habitual en su sociedad, es decir, al inicio de la pubertad, debía tener entre 12 y 14 años cuando dio a luz a Jesús. Según las mismas costumbres, José debía tener entre 13 y 15 años, no el anciano barbudo de tantas representaciones artísticas. Este niño creció y se convirtió en adulto. Ejerció el oficio de su padre. Un día sintió la llamada profética y predicó la buena nueva en los pueblos y aldeas. Las autoridades lo encontraron embarazoso y se deshicieron de él como habían hecho con tantos otros. No hay nada realmente extraordinario en esto. Lo mismo, incluso la muerte, les había ocurrido a muchos otros. Sin embargo, fue a través de esta existencia humana ordinaria como se cambió profundamente el curso de

la historia y se alcanzó la salvación.

Mateo, en el Evangelio de hoy, al igual que Pablo en la carta a los Romanos y Juan en el Prólogo a su Evangelio, quieren mostrar que este hijo de Israel era algo más que un hijo de Israel. No era sólo un judío piadoso enviado al pueblo judío. Era el Emmanuel (véase la lectura de Isaías), el Dios-con-nosotros, para todo ser humano y para todas las razas. Cuando Mateo nos habla del nacimiento virginal, lo que quiere destacar no es tanto un acontecimiento milagroso como el hecho de que Jesús es mucho más que un hijo de Israel. Sí, era judío de nacimiento. Sí, sus antepasados eran judíos. Pero su verdadero padre era Dios, que a través de él, como lo había hecho a través de Adán, estaba dando a luz a una nueva raza, una raza en la que los lazos de sangre importaban poco.

El papel de José en esta historia es una especie de expresión simbólica de la decepción del pueblo judío cuando descubrió que el Mesías no era de su exclusiva propiedad. El nacimiento de Jesús pone fin a la dominación de una raza sobre otra, de una cultura sobre otra. Desde Jesús, sea cual sea nuestra ciudadanía política, pertenezcamos a un país minúsculo o a un Estado poderoso que puede actuar como policía internacional, sólo tenemos una ciudadanía que realmente importa: todos somos hijos e hijas de Dios. Todo lo demás, como diría Pablo, en una expresión que sólo puede citarse realmente en latín, es "stercora".

Otra consecuencia de todo esto es que Dios no es sólo "nuestro" Dios y Jesús no es sólo "nuestro" Jesús. Ahora, estamos acostumbrados a ver a Jesús como "nuestro"; y, por supuesto, como somos generosos, ¡queremos compartirlo con los demás! En realidad, no tenemos que "compartirlo" con los demás. Tenemos que "descubrirlo" en los demás. Nadie -ni José, ni nosotros mismos- puede reivindicar la paternidad de Jesús.

Esto es lo absolutamente nuevo y original. ¿Por qué entonces somos cristianos? Precisamente con este propósito: dar testimonio de la igualdad absoluta de todos los seres humanos; ayudar a la humanidad a descubrir por fin que nadie puede, por ningún motivo, dominar a otra persona, ya sea en el orden militar y político o en el religioso.

Hace poco oí a alguien reprochar a los católicos que quisieran "monopolizar la Navidad". - De hecho, esta persona tenía, en cierto sentido, razón... más de la que afirmaba: En el nombre de Jesús "Emmanuel" o "Dios-con-nosotros", el "nosotros" se refiere a todos nosotros, seamos quienes seamos, sin excepción.

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Armand Veilleux